

La Evolución de la Idea de Desaparición del Estado en la Teoría Marxista

*Por Vasile TARA, Doctor en Derecho
de la Universidad de París.—Colabora-
ción especial para el Instituto de Inves-
tigaciones Sociales de la U.N.A.M.—
Versión del francés por Ángela Müller
Montiel.*

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA. Dentro del marco de la teoría marxista, la idea de la desaparición del Estado, es una de las más complejas y de las menos estudiadas. Esto se explica, en parte, por el hecho de que se trata de un “concepto limitado” referente a un porvenir indeterminado, cuasi-escatológico; concepto que puede parecer a algunos como una simple especulación intelectual.

En este sentido “la desaparición del Estado” es una teoría poco familiar en el Occidente para todos los “marxólogos” que han abordado el estudio del marxismo sobre todo desde el punto de vista del análisis económico sin insistir sobre los elementos de filosofía política contenidos en los primeros escritos de Marx y en sus obras políticas posteriores.

Es en estos escritos en donde se encuentra el itinerario intelectual de un Marx que se emancipa de la estatología hegeliana y busca afanosamente un método capaz de “traspasar la filosofía sin negarla” Como una idea derivada de las obras de su juventud, principalmente, la idea de la desaparición del Estado no es otra cosa que “la absorción” del alejamiento del Estado estudiado por Marx durante su período feuerbaciano.

Pero, poco a poco, este problema, muy general, se acerca a la historia real y, con los acontecimientos de 1848 y, sobre todo, con la

Comuna, se le presenta a la filosofía la ocasión de probar que es capaz de realizar la tarea que Marx le había asignado: conjugarse con la vida de los pueblos y con la práctica.

La “desaparición del Estado”, lo mismo que otras ideas matrices del marxismo, tuvo que defenderse, desde su aparición, contra dos peligros: el anarquismo y el revisionismo.

Contra el anarquismo, que estaba vigorosamente representado en la Internacional, Marx estableció que esa desaparición no es la liquidación inmediata de los Estados, sino una eventualidad más o menos lejana que caracteriza la época de la “fase superior del comunismo”.

A los revisionistas —principalmente a los lasalianos— Marx no podía oponer —una vez vencida la Comuna y restablecida en Europa una paz relativa— más que un extremo rigor teórico sostenido y reforzado por Engels.

Sin embargo, con la Primera Guerra Mundial, los principios fundamentales de la sociedad y del Estado se pusieron nuevamente a discusión; esta vez, por Lenin. Lenin ligó la historia de Rusia a la historia del comunismo marxista y, a la democracia directa realizada por los soviets de una manera espontánea, adjudicó un marco ideológico eficaz.

En definitiva, Lenin puso fin al anarquismo latente en los soviets, demostrando, en la teoría y en la práctica, que “el Estado tipo Comuna” que instauró en Rusia: 1) conservaba el carácter de separación antes de que las contradicciones de la sociedad soviética desaparecieran, y 2) que la desaparición del Estado no podía ser contemplada más que en el sentido marxista inicial, en la fase superior del comunismo.

Nos proponemos, en las páginas siguientes, examinar la evolución de este problema, desde los primeros escritos de Marx hasta la Revolución de octubre.

Veremos que son los acontecimientos históricos los que han prestado materia de meditación a los grandes teóricos del socialismo científico, sobre el destino del Estado en el mundo moderno; Estado que ha podido ser considerado por las clases ricas como un tipo de organización ideal (“una divinidad terrestre”), pero que representa, sin embargo, para la clase obrera un pesado sistema de opresión, una cosa extraña a su universo: “el aborto sobrenatural de la sociedad”, según la expresión de Marx.

LA REVOLUCIÓN DE 1848. Es interesante comprobar que, en su obra *Las luchas de clases en Francia*, Marx casi no insiste sobre los acontecimientos de febrero referentes a la “democracia social” de 1848. Considerada como prematura para las posibilidades reales de la clase obrera,

la revolución de febrero fue pronto relegada entre los numerosos fracasos de los movimientos populares, y se convirtió en la “revolución imposible” de que habla la historia.

Todas las clases que triunfaron en febrero llegaron fácilmente a un compromiso, a un “armisticio en la lucha de clases” que duró algunos meses. Pero no hay que hacerse ilusiones sobre el tema de este compromiso; siendo como son los intereses de la burguesía forzosamente diferentes de los del proletariado, una de las dos clases debería abandonar la escena política. El Estado no sería otra cosa que un Estado de clase, aun allí donde, como en París, en febrero de 1848 la ideología de la fraternidad y de la igualdad parecía haber ganado a todas las clases sociales en una república social.

La “naturaleza de las cosas”, desde la proclamación de la República, hizo que el curso de los acontecimientos no fuera dictado por la ideología humanitaria de los revolucionarios, sino por los siguientes hechos:

1. A partir de ese momento ya no sería únicamente la alta burguesía la que detentaría el poder del Estado, sino todas las demás fracciones de esta clase. Ya no habría freno artificial (la monarquía) para su desarrollo y su destino debería realizarse en la línea que el materialismo histórico le señalaba: dictadura de clase realizada de una u otra manera (directa o indirecta, República o monarquía e incluso imperio).

2. Debería surgir un conflicto inevitable entre la burguesía y el proletariado. Las probabilidades de éxito de este último son mínimas, en vista de su estreno o primera aparición como clase; de su importancia relativamente reducida en la nación y de la falta de toda ideología y organización propia para “su revolución”.

Como en 1830, los proletarios no son, en 1848, más que mercenarios de la burguesía para establecer la República burguesa.

De todas maneras, como no se podía alejar de la noche a la mañana al proletariado de la esfera del poder después de la revolución de febrero, se fundó la Comisión de Luxemburgo, con delegados de las corporaciones de oficios de París. Marx comenta que fue un lamentable compromiso:

“De esta manera, al alejarse de la sede del gobierno provisional a los representantes de la clase obrera, la parte burguesa de éste conservó en sus manos el poder real del Estado y las riendas de la administración y, al lado del Ministerio de Finanzas, del Banco y de la Bolsa, se levantó una sinagoga socialista, cuyos grandes sacerdotes, Louis

Blanc y Albert, tenían como tarea: descubrir la tierra prometida, proclamar un nuevo evangelio y ocupar al proletariado parisino. . . Mientras que el Luxemburgo buscaba la piedra filosofal, en el *Hôtel de Ville* se acuñaba la moneda corriente.” (*Lecciones*, pág. 46).

Si —de inmediato— la burguesía logró acantonar al proletariado “en la existencia nebulosa de Luxemburgo”, por otra parte firmó su propia condena con la instauración del sufragio universal, pues, desde entonces, el árbitro de los destinos de Francia es el campesino y los fundadores del Segundo Imperio pronto habrían de saber aprovechar la nueva coyuntura de la oposición de clases.

EL SEGUNDO IMPERIO. En el momento en que las fracciones de la burguesía desesperaban de encontrar una formación común para el dominio de clases, la Restauración Imperial se hizo posible en Francia gracias a la inclinación particular de esta clase y de todas las revoluciones anteriores por los hombres, los gestos y las soluciones del pasado histórico. Así, parafraseando a Hegel, Marx¹ comenta este doblaje de los personajes históricos: “Lutero tomó la máscara de San Pablo; la revolución de 1789 imitó a la República Romana y Napoleón I a César. . . En 1848, Caussidière imitó a Danton, Louis Blanc o Robespierre, etc. Y resultaba muy natural que se caricaturizara también a Napoleón con Luis Bonaparte para que ocupara el trono.”

Frente a este incurable amor por el pasado, propio del espíritu burgués, Marx asigna al proletariado un futurismo funcional, en estos términos:

“La revolución del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar consigo misma antes de haber liquidado completamente todas las supersticiones relacionadas con el pasado. Las revoluciones anteriores tuvieron necesidad de reminiscencias históricas para disimular su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a los muertos para realizar su propio objeto.”

Así, pues, el Segundo Imperio abre como un abismo entre “la Historia y la revolución”, teniendo que partir esta última de cero, sin ilusión, sin ligas con el pasado, sin un prototipo que le sirva de modelo.

Además, esto corresponde a su situación tanto de hecho como de

¹ Engels cita igualmente a Hegel a este respecto, en una carta dirigida a Marx en 1851 (“Correspondencia Engels-Marx”, *Obras completas*, Edic. alemana IV-I, página 291).

clase; a su actividad productiva en el tumulto de la revolución industrial.

Lejos de ser un mal este armisticio aparente, y únicamente en el terreno político de las luchas de clases que ocultara el Segundo Imperio, debía ser ocasión: 1) para que el proletariado aumentara su profundidad; 2) adquiriera conciencia de su individualidad, de su propio destino de clase; 3) para que abandonara para siempre el idealismo de 1848 y toda especie de romanticismo político.

Sin embargo, el poder burgués victorioso creado por la revolución burguesa de 1789, después de un largo período de preparaciones anteriores, por encima del mito del "pueblo soberano", se reforzó sin cesar después de cada revolución.

Los privilegios del antiguo régimen serán, a partir de esta fecha, los atributos de este poder del Estado y este último, perfeccionado por Napoleón Bonaparte, supo romper con la Revolución de 1789. Todos los poderes locales independientes —territoriales, provinciales— que se le habían escapado antes se le sometieron. La centralización comenzada por el antiguo régimen no fue más que el aspecto externo de este fenómeno de crecimiento del Leviatán estatal.

Con el desarrollo de la revolución industrial y de la división del trabajo consecutiva, el aparato del Estado recibió muchas atribuciones, cada vez más numerosas e importantes:

"Cada interés común fue inmediatamente desprendido de la sociedad, opuesto a ella, a título de interés superior general, arrebatado a la iniciativa de los miembros de la sociedad, transformado en objeto de la acción gubernamental."

La revolución de 1848 no fue excepción: la burocracia se reforzó aún más.

Luis Bonaparte logró ampararse con el aparato del Estado, del Ejecutivo, que, desde hacía mucho tiempo, se había alejado ya mucho de la sociedad, como hemos comprobado, y, para reforzar aun más el Estado, el Segundo Imperio buscó sus bases políticas fuera de esa burguesía cuidadosa de su dinero, cuando se trataba de sostener los gastos de un Estado demasiado caro. Fueron, pues, los campesinos los que formaron la base del Segundo Imperio, como sucedió también con el Primer Imperio.

Sin embargo, no es probable que en sus proyectos imperialistas Luis Bonaparte encontrara detrás de sí a una masa de campesinos armados, de la misma calidad de los de los años de 1910, pues los campesinos con parcelas constituyen una clase que está en plena diferenciación

social (entre los campesinos ricos, los pobres y los proletarios agrícolas) y cada una de sus categorías tiene sus intereses particulares.

El capital, con sus creaciones hipotecarias, y el Estado, con los impuestos cada vez más altos, aceleraron estos procesos y Luis Bonaparte no pudo contar durante mucho tiempo con la fidelidad y el heroísmo de esta clase. Así, el día en que la hipérbole imperial bajó; cuando las dificultades del exterior y del interior asaltaron al Segundo Imperio, se encontraron nuevamente, frente a frente, las dos clases (más antagonistas que nunca, con un antagonismo irreconciliable): el proletariado aumentado con los campesinos y la burguesía. Pero la masa campesina tuvo que comprender un día que la parcela no es un baluarte contra los nuevos privilegios ni tampoco una "liberación", como lo fue, relativamente, bajo el Primer Imperio.

Como el elemento campesino no podía torcer el curso de la Historia, Marx saca dos conclusiones en sus últimas apreciaciones del panorama francés de 1848-51, ambas referentes a las ideas matrices de las revoluciones y del Estado.

Era imposible que la impostura del Segundo Imperio no terminara como había comenzado: por una caída tragicómica de este régimen.

Como liquidador paradójico de la idea de lo absoluto en el Estado, el Imperio terminó fatalmente con una revolución. Pero, en este caso, el proletariado tuvo que aplicar las enseñanzas de sus derrotas de 1848: romper el aparato del Estado y de la burguesía. "Todas las revoluciones políticas no han hecho más que perfeccionar esta máquina, en lugar de romperla".

LA COMUNA. La Comuna aceptó y puso en práctica la teoría de la lucha de clases, formando, por primera vez en la Historia, un gobierno de la clase obrera. Transformó todas las funciones públicas, militares, administrativas y políticas en funciones "verdaderamente obreras", arrancándolas a "los atributos secretos de las castas" burocráticas, militares, etc.

Pero una vez dueña del Poder, la Comuna tuvo esa justa visión de las cosas de no tender a la supresión de la lucha de clases, sino, por el contrario, de acentuar dicha lucha, que no se podía suprimir antes de que desaparecieran las propias clases de la sociedad.

Ahora bien, como la desaparición de las clases representa todo un período en la Historia (de un alcance que no se podría determinar), un partido obrero que hubiera obtenido la victoria debería de tomar esta precaución elemental: "prepararse materialmente para una continuación y también para una recrudescencia de la lucha de clases. La

Comuna pudo ser el punto de partida de reacciones violentas y de revoluciones también violentas”.

El frío realismo y la falta de ilusión de los comuneros en cuanto al futuro de su victoria representa un progreso infinito en comparación con los revolucionarios de febrero de 1848 y muestra, al mismo tiempo, hasta qué punto (a lo menos, hasta qué puntos particulares) se habían abierto camino las tesis marxistas, desde Londres, directamente por sus escritos o por intermedio de la Internacional Socialista.

2. La Comuna sonó la campana de las sectas socialistas, de los socialistas utópicos, los partidarios de Proudhon, de los comtistas y sus errores se infiltraron también en la concepción blanquista de la revolución.

Por el contrario, el marxismo sale reforzado, primero, gracias a la apología de Marx, para una revolución hecha fuera y aun en contra de sus recomendaciones, pero, sobre todo, gracias a la obra de socorro y de defensa de los marxistas respecto a los comuneros, después de la derrota, y porque el marxismo supo asimilar a su teoría general las enseñanzas de la Comuna, fuente directa en la que la revolución soviética formó sus conceptos.

Los socialistas utópicos no pudieron tener una gran influencia sobre la Comuna, porque sus soluciones quiméricas pertenecían a la época del comienzo del movimiento obrero; a una época en la que “existía la miseria de la clase obrera, pero no existían aún las condiciones de su propio movimiento”, como dice Marx.

La innovación aportada por la Comuna, en relación con los socialistas utópicos, se refiere principalmente a la organización militar de la clase obrera. “A partir del momento en que el movimiento de la clase obrera se hizo realidad, las quimeras utópicas se desvanecieron, no porque la clase obrera hubiera abandonado el objetivo indicado por los utopistas, sino porque había descubierto los medios para convertirla en realidad.”

En lugar de la utopía, apareció una percepción real de las condiciones históricas del movimiento y de la organización militar cada vez más fuerte de la clase obrera (primer ensayo de redacción, pág. 225).

El socialismo sociológico de Comte fue igualmente desmentido y rechazado por la experiencia de la Comuna. La secta comtista, que formaba en la Internacional un grupo muy reducido y cuyo programa había sido rechazado por el Consejo general de la asociación, no tuvo ningún público entre los jefes de la Comuna. El comtismo se convirtió, por consecuencia, en una simple teoría de escuela, sin ninguna pretensión de organización efectiva.

En cuanto a los partidarios de Proudhon (el socialismo del pequeño campesinado y el artesano), no encontraron tampoco una confirmación definitiva de su tesis en esta experiencia decisiva de la clase obrera. En 1890, cuando Engels escribió la introducción del libro de Marx sobre la Comuna, pudo comprobar que la escuela proudhoniana no subsistía ya sino entre la burguesía radical. En los medios obreros franceses, por el contrario, escribió Engels, es ahora la teoría de Marx la que domina sin discusión, tanto entre los posibilistas como entre los marxistas. Se sabe que Proudhon, irreducible a una filosofía de la historia basada en Hegel y a las ideas colectivistas, consideró solamente como una excepción la asociación de los trabajadores en las grandes empresas (Proudhon, *Idea General de la Revolución*, 3er estudio).

Pero, en la época de la Comuna, la concentración industrial no era una excepción en París, y uno de los decretos más importantes fue el referente a la organización de la gran industria y de la manufactura, sobre la base de la asociación de los trabajadores en cada unidad de producción, con la reunión de sus asociaciones en una federación central.

Esta asociación de los obreros “no debería ser solamente una añagaza (como sucede en Proudhon), sino que debería derrocar el sistema capitalista”.

También los blanquistas —elementos primordiales de la Comuna, de la que formaban precisamente la mayoría— debieron, en el momento de obrar, adoptar soluciones opuestas a sus teorías, acercándose a los marxistas. En efecto, los blanquistas, que pregonaban la toma y conservación del Poder por un grupo relativamente reducido de hombres decididos, formados en la escuela de la conspiración, se vieron obligados, durante la Comuna, a proceder en forma diferente, reconociendo, por ejemplo, la libre federación de todas las comunas francesas con la de París y otras medidas de carácter más “democrático”. Al volverse hacia las masas y hacia el federalismo hacían una doble concesión tanto a los proudhonianos como a los marxistas.

3. La conquista más importante de la Comuna en la práctica revolucionaria fue *la abolición del Estado de clases anterior*. Fue haber osado romper la máquina del estado burgués. Esa fue la significación más profunda para Marx y Engels lo mismo que para Lenin.

Fue la primera vez que el Estado moderno, divinizado por Hegel, pero aborrecido por Marx, fue rechazado, vacío de su contenido, viéndose su prestigio manchado y su misterio profanado.

El antiestatismo de Marx, nacido en la época en que él era un joven periodista, en las publicaciones de la izquierda hegeliana, treinta

años antes —antiestantismo nacido de una revuelta intelectual extrema en contra de la abdicación del “genial Hegel” ante la realidad del Estado—, fue reforzado después por el espectáculo de la burocracia prusiana: de la represión de junio de 1848 en París, por el principio de las guerras imperialistas, en donde encontró ocasión de manifestarse sin reticencias.

La satisfacción intelectual de Marx ante la aparición de la Comuna es tal que olvida por el momento los errores que comprometieron dicha aparición —que él mismo había desaconsejado por razones técnicas algunos meses antes— y, colocándose sobre el terreno de la significación teórica y del desarrollo histórico, celebra en términos patéticos a la Comuna:

“No fue una revolución contra tal o cual Estado; fue una revolución contra el Estado en general, ese aborto sobrenatural de la sociedad; fue la recuperación por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social. No fue una revolución para transferir este poder de una facción de la clase dominante a otra, sino una revolución para romper ese horrible aparato de la dominación de clases.” Y, contrariamente a las revoluciones de 1830 y a los acontecimientos de 1850-51, la Comuna:

“No fue una de esas luchas mezquinas entre las formas ejecutivas y la forma parlamentaria del dominio de clases, formas que de hecho se confunden, ya que la forma parlamentaria no es más que un apéndice engañoso del ejecutivo.”

LA GUERRA MUNDIAL. La Guerra Mundial de 1914 empujó a los teóricos de la socialdemocracia y de la Segunda Internacional a una opción decisiva: o convertirse en chauvinistas sociales, aceptando el hecho de la guerra y colocando a la patria por encima de la revolución, o bien, ser aún más radicales y más decisivos, más irreductibles a todo compromiso entre la crítica marxista del Estado y la sociedad.

Lenin fue el más brillante de los representantes de esta segunda alternativa, y en sus dos obras capitales (*El imperialismo, estadio supremo del capitalismo* y *La revolución y el Estado*) enriquece la teoría marxista con nuevos elementos apropiados para esquematizar las nuevas tareas de la revolución.

Las ideas fundamentales que se desprenden de sus escritos son las siguientes:

La guerra civil, tal como Marx la definió en el momento de la Comuna, como la expresión más directa de la lucha de clases en el interior de una nación, se transforma en una “guerra civil mundial”. La guerra internacional, en efecto, no sería considerada, de acuerdo con

las fórmulas jurídicas clásicas, sino según el nuevo concepto de *El Imperialismo, estadio supremo del capitalismo*. El imperialismo es la exportación de capitales hacia las fuentes de materias primas y las luchas entre las diferentes fuerzas financieras y estatales para la posesión única de estas fuentes. Se entiende que, en el caso en que los propios Estados dirigen esta lucha, eso se debe a que el Poder político real se encuentra en manos de consorcios de bancos y de toda la oligarquía financiera.

LAS TESIS DE ABRIL. Después de haber adquirido estos elementos doctrinales de base y a favor de los acontecimientos de Rusia de principios de 1917, Lenin estudió los objetivos prácticos de la política revolucionaria. Al regresar a su país, procedente del exilio, Lenin se propuso, como primer objetivo, diferenciar al marxismo revolucionario de la nebulosa ideología de los revolucionarios liberales rusos y de los socialdemócratas y elaborar una estrategia y una táctica adecuadas.

Este período se abre con las “tesis de abril” (1917) sobre las “tareas del proletariado en la presente revolución”. Entre las tesis de abril, dos nos interesan especialmente. La quinta, sobre la “dualidad del Poder y su significación de clase” y la segunda referente al nuevo tipo de Estado.

Después de la revolución de marzo de 1917, el poder en Rusia estaba efectivamente en manos de dos fuerzas: el gobierno provisional y los soviets.

Para Lenin, esta situación de desorden no debería durar y tarde o temprano se impondría el Estado burgués, cuyo primer núcleo era el gobierno provisional. Pero, cualquiera que fuera el Estado que él tenía pensado, se transformaría pronto, en vista de las condiciones históricas, en una dictadura: dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado.

Sin embargo, para Lenin esta situación fue extremadamente favorable y rica en potencialidades. Proyecta desde luego, en el circuito de la “vida política”, a una inmensa masa popular y, en el futuro, sería ya imposible hacer reinar, con la misma facilidad que en el pasado, la ficción del “Estado para sí” sobre estas masas politizadas.

En segundo lugar, esta situación de interregno permitió resarcirse y entender bien los intereses de las clases, para no repetir el ejemplo del soviet de Petrogrado, que devolvió voluntariamente el Poder a la burguesía, contentándose con el papel de observador en los primeros meses de la revolución rusa. ¿Cómo podría hacerse para recuperar el control sobre los soviets, en los cuales Lenin había visto con temor, antes de

la revolución de 1905, cierta tendencia al anarquismo y cierta falta de rigor ideológico?

Sobre el plan teórico los soviets fueron recapturados por los leninistas, haciendo un llamado a la idea de la más grande Comuna de un tipo nuevo de Estado (tesis núm. II). Este fue el momento más importante de la historia del marxismo: esta resurrección de la Comuna de París en tierra rusa fue un verdadero veredicto de la Historia, que falló en el debate sobre las diferentes tendencias que influyeron sobre Marx a principios de este siglo.

Al referirse a la Comuna de París, en un documento de la naturaleza de las "tesis de abril", y cambiando el nombre del partido social demócrata ruso por el de partido comunista, unos meses más tarde Lenin tomó una decisión plena de consecuencias entre los diferentes revisionismos de su tiempo (en materia de revolución social) y el Comunismo tal como Marx lo había definido.

En los varios artículos escritos durante las semanas que precedieron a la Revolución de Octubre, Lenin precisa aún más los problemas referentes al Estado (de nuevo tipo) que preparaba. En la bibliografía del marxismo-leninismo, estos escritos representan el límite extremo de la teoría de "la desaparición del Estado": la liquidación casi total de la idea autónoma de Estado y su disolución en el concepto de revolución.

Pero de acuerdo con la lógica dialéctica pasó a ser lo contrario, "el Estado más grande".

De acuerdo con la opinión expresada en el periódico *Novaia Jizn*, según el cual el proletariado no podría materialmente prescindir del aparato del Estado, Lenin responde en estos términos decisivos en el terreno práctico: "El proletariado no puede destruir el aparato del Estado y ponerlo en movimiento, pero puede romper todo lo que hay de opresor, de rutinario, de irremediablemente burgués en el antiguo aparato del Estado y reemplazarlo con su propio aparato" (*Los bolcheviques conservaron el poder*. Ediciones en lenguas extranjeras).

Este nuevo aparato, el de los soviets, en el cual la influencia de los bolcheviques aumentó mucho desde abril, representa un nuevo tipo de Estado, de acuerdo con los textos leninistas, por las siguientes razones:

Los soviets armados, como premisa fenomenológica del nuevo Estado, "desde el punto de vista militar, son incomparablemente superiores a los ejércitos precedentes y, desde el punto de vista revolucionario, no podrían ser reemplazados con nada".

"Como este aparato es una democracia directa (los soviets) es fá-

ilmente controlable y renovable, hasta tal punto que sería vano buscar nada parecido en el antiguo aparato del Estado.”

Asegura la liga con las diferentes categorías de productores, para aplicar las futuras reformas revolucionarias, sin tener necesidad de una burguesía.

Los soviets son capaces de comprender en su seno “a toda la gigantesca masa de las clases oprimidas, colocadas hasta ahora al margen de la vida política y de la Historia”.

Finalmente, y sobre todo, los soviets permitirán reunir en el mismo cuerpo político al legislativo y al ejecutivo.

CONCLUSIONES. Después de haber pasado revista a las fuentes teóricas e históricas del concepto de desaparición del Estado, hasta el momento en que un Estado de tipo nuevo (el Estado soviético) hizo su aparición, nos resta, para concluir, bosquejar una breve respuesta a la pregunta muy natural, que acudirá al ánimo del lector: ¿En dónde se encuentra, en el momento actual y en los países socialistas, la teoría y la práctica de la desaparición del Estado?

Desde luego, hay que hacer una distinción, a este respecto, entre los planos interiores y los exteriores de los Estados socialistas. El plan exterior, más importante, está más allá de nuestro propósito, puesto que plantea problemas de Filosofía de la Historia, en el sentido en que Hegel entendía esta disciplina.

Digamos que la fórmula de la desaparición del Estado sobre este plano no tendría sentido más que como consecuencia de la instauración del Estado socialista mundial, de la desaparición del antagonismo de clases y de otros antagonismos, en un plano mundial.

Solamente en el momento en que la sociedad estuviera organizada según la ley fundamental de la fraternidad: “a cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades”, se podría realizar una comunidad humana auténtica y sería posible instaurar una organización racional de la sociedad en lugar de los Estados históricos.

En el plano interior, mientras los progresos materiales y estructurales consolidan la nueva sociedad y eliminan las contradicciones tradicionales: diferencia entre ciudades y campo, entre el trabajo manual y el intelectual, etc., la lucha permanente contra las tendencias burocráticas de los países socialistas es el signo más evidente de la conde-nación del Estado.